

jeros del mundo, pero esgrimiendo un discurso intelectual original y evitando incorporar elementos externos ya superados. Ser modernos no significa instaurar una forma de vivir y de pensar absolutamente nueva, ello es negar y reprimir el pasado, confinar al folklore la identidad cultural, renunciar a la voluntad de autonomía.

Al mito polarizador de modernidad o tradición, hay que oponer la dinámica histórica. Las sociedades no tienen ni destino manifiesto ni vocaciones o defectos definidos de una vez por todas y para siempre. Los procesos culturales son los espacios donde se construye la identidad nacional. Así, legitimidad y cultura son cuestiones imbricadas porque expresan la relación de consenso o disenso entre los valores y fines de los grupos sociales y el Estado. Por eso, es indeseable cualquier proyecto de modernización cultural que no se apoye en una matriz cultural propia, autosustentado en su energía y productividad.

La modernidad no significa, en manera alguna, el rompimiento sino la asimilación crítica de la tradición. Ésta no es estática sino, más bien, presenta un marco de referencia transformable y

dúctil que es siempre posible poner al día sin una necesaria negación. La autodenigración, pero igualmente la reivindicación acrítica de todo lo nuestro, son síntomas de esclerosis de la creatividad, falsas creencias y dudosas esencialidades que resultan ser lugares comunes y coartadas para la repetición. Hay que erradicar estas petrificaciones, pues suelen formalizar prejuicios donde se aprisiona la energía creativa de los individuos.

Contrariamente a las tesis productivistas, debemos abandonar las razones preconcebidas, las atrasadas nociones fijas y provocar e impulsar cambios profundos; abrir espacios que permitan sintetizar los cambios tecnológicos y sociales, accediendo a la renovación cultural. Un proyecto latinoamericano o africano, ha de poner en circulación y someter a juicio las nuevas y viejas manifestaciones, generar, regenerar e incluso desacralizar expresiones para afirmar y renovar a la vez.

La tarea supone, políticamente, asumir las posibilidades de la transformación; un itinerario, un esfuerzo distributivo deliberado y una estrategia para integrar en lo auténticamente propio los verdaderos elementos de lo universal ■

Los palestinos y la paz en Medio Oriente

Gilles Kepel, *Crónica de una guerra de oriente*, Atalaya, Barcelona, 2002, 109, pp..

Alonso Ruiz Belmont ■

EL PRESENTE LIBRO, editado en su versión al castellano, constituye el recuento de un diario personal que el profesor Gilles Kepel redactó con motivo de un viaje realizado por la región del Medio Oriente un mes después de los atentados terroristas del 11 de septiembre. Kepel, es un importante académico francés y miembro del Instituto de Estudios Políticos de París; con base en su profundo conocimiento de la cultura musulmana, aprovechó la oportunidad de hacer un recorrido que le permitiese entender y divulgar la opinión pública de varios de los países árabes, en relación con los atentados de la red Al Qaeda y la política exterior estadounidense en la zona.

Kepel pudo constatar la relación contradictoria que la mayor parte de estos países mantienen con Estados

Unidos, la cual oscila entre al admiración y el resentimiento. En cada una de las naciones visitadas, la población expresó su rechazo tajante a los actos terroristas en Estados Unidos pero, desde hace décadas, la política exterior de EU también despierta en ellos recelos e indignación. Casi todas las personas entrevistadas sabían que los bombardeos sobre Afganistán dirigidos contra las milicias talibanes, habían cobrado indirectamente más de tres mil bajas entre los civiles. De igual modo, sabían también que el embargo económico sobre Irak solamente dañó más a la población indefensa y fortaleció día a día la posición de Hussein en los meses previos a la invasión estadounidense y británica.

Sin embargo, la influencia cultural de Occidente en la región es ya un hecho indiscutible, y se manifiesta princi-

palmente en el interior de las instituciones privadas de enseñanza universitaria y en la reproducción de los patrones consumistas del mundo capitalista.

Buena parte de los jóvenes en las clases medias y altas comparten la admiración por los valores seculares de la cultura occidental, entre los cuales destacan la libertad sexual y el deseo por una mayor participación política que en menor o mayor medida les es vedada por sus propias culturas. En este sentido, la cadena de noticias Al Jazeera (la cual transmite en idioma árabe desde Qatar) así como los sistemas de televisión satelital, constituyen los pilares fundamentales de la penetración cultural; pero también, hacen ver el deseo insatisfecho de poder insertar al mundo árabe junto a sus pares occidentales, de forma digna e igualitaria dentro de un sistema globalizado. Tanto internet como la televisión por cable son los foros de comunicación más robustos y extendidos para la difusión del Corán, la cual se ha mediatizado entre los ulemas (religiosos musulmanes) quienes compiten de manera implacable por más seguidores.

Por otro lado, Kepel también constató la fluidez con la que se desenvuelven las jerarquías religiosas en el universo musulmán, en contraposición con el Occidente cristiano. Los clérigos y predicadores más importantes requieren la devoción y el apoyo económico de las clases medias y altas para poder continuar allegándose más fieles provenientes de los sectores populares.

El diario recopila la opinión de varios clérigos respecto de Osama Bin Laden. Aquí se destaca la posición del jeque qatari Yusef al Qardawi, quien, al igual que otros altos jerarcas islamistas, alertaba sobre el peligro que significaría un escalamiento de la tensión religiosa con Occidente. El 11 de septiembre de 2001 no hizo más que ahondar una brecha ya existente, la cual ha enconado las diferencias entre los países árabes. Una nueva *yihad* (guerra santa) sólo traería más caos y violencia entre los vecinos musulmanes, poniendo en peligro las incipientes libertades sociales. Para Al Qardawi, Bin Laden es sólo un “sermoneador” (un predicador de bajo rango) y un farsante que ha aprovechado el

descontento social para buscar el poder. Dado lo anterior, para el autor no resultan sorprendidas las incongruencias en la base militante de Al Qaeda. Tan pronto acabó la invasión norteamericana en Afganistán, el odio histórico de los afganos sunnitas hacia sus congéneres chiitas resurgió y los militantes árabes quedaron abandonados a su suerte en el desierto por los talibanes.

A pesar del maná petrolero, Kepel advierte que tarde o temprano la recesión económica, la mala distribución del ingreso (Egipto, Siria, Libia), la explosión demográfica (Qatar, Dubai) y la cerrazón política pueden incrementar la inestabilidad social en el mundo árabe, fortaleciendo a los gobiernos autoritarios y frenando la incipiente democratización de la zona.

Al final del libro todas las voces coinciden en un punto: sólo el reconocimiento mundial hacia la creación de un Estado palestino puede ser el pilar fundamental de la estabilidad política en la región. Ello posibilitaría un mayor acercamiento entre el islam y Estados Unidos así como una paz duradera en Israel. Sin embargo, la opinión pública sabe que la intervención y el apoyo del gobierno estadounidense son cruciales para destrabar el proceso de paz y erosionar las bases de apoyo de los grupos radicales judíos y palestinos.

El libro cobra especial relevancia para entender la geopolítica internacional actualmente. La ofensiva militar de la administración Bush en Irak no ha hecho más que sembrar el desorden, en un momento en el que la estabilidad y la tolerancia religiosa son un recurso escaso y preciado alrededor del mundo. Para Gilles Kepel no puede darse el choque de civilizaciones que pregona la derecha huntingtoniana, sólo es posible concebir un futuro de paz y prosperidad mediante el diálogo y el reconocimiento entre las culturas ■

A b C d
E f G h I